

Evangelización y cultura en América Latina

La penetración del cristianismo en el continente iberoamericano es un campo privilegiado para comprender las etapas y las condiciones de la evangelización de las culturas en el mundo. La Iglesia ha ido tomando progresivamente conciencia de los retos que representa la inculturación del Evangelio en la situación compleja de América Latina. Esta maduración concierne a todas las personas e instituciones comprometidas en la obra evangelizadora, los representantes de las Iglesias locales así como los responsables de la Iglesia universal. La difusión del Evangelio en las culturas iberoamericanas ha de ser entendida como *un acontecimiento mayor* en la vida de la Iglesia católica.

Nos detendremos sobre todo en los siguientes puntos: la perspectiva cultural de este esfuerzo evangelizador; las cuestiones típicas representadas hoy por el desarrollo y la modernización; el encuentro salvífico de las culturas autóctonas; la movilización para una nueva evangelización. Veremos cómo esta experiencia notable de inculturación ha

encontrado una formulación cada vez más implícita en los documentos mayores de la Iglesia latinoamericana, de Medellín, Puebla y Santo Domingo.

1. *La perspectiva cultural de la evangelización de América Latina*

La abundante documentación eclesíastica de los últimos decenios ofrece un claro testimonio de cómo la Iglesia católica, aceptando los desafíos de la cultura adveniente y de todas las culturas vivas, ha ido formulando y perfeccionando su posición, de tal suerte que *la cultura llega a ser el espacio privilegiado de su acción*. Si los análisis que llevan a la Iglesia a esta convicción tienen un gran significado para todo el mundo, para América Latina tienen una resonancia quizás mayor por los grandes contextos socioculturales e históricos que ha vivido y vive el continente, particularmente derivados de los cinco siglos de su encuentro con el cristianismo, desde que éste irrumpió de mano de la cultura ibérica hasta nuestros días.

Es por demás esclarecedor observar cómo el lenguaje de la Iglesia ha ido pasando gradualmente del análisis de las *civilizaciones* al análisis de las *culturas*, para llegar en nuestros días a la idea y a la praxis de la *inculturación*. En el tiempo de León XIII, se reafirmaba la *misión civilizadora* de la Iglesia en el mundo, contra los ataques de los agnósticos liberales de la época, que la acusaban de servir de freno al progreso moderno. Así, León XIII afirmaba en su primera encíclica *Inscrutabili* (1878) que la Iglesia “ha civilizado el género humano en sus costumbres privadas y públicas”.

En la encíclica *Quarto Abeunte Saeculo* del 16 de julio de 1892, sobre el IV Centenario del descubrimiento de América, León XIII no utiliza el concepto de *cultura*, sino el de *civilización*, que se reserva a los europeos, a quienes distingue de los no civilizados, que viven en las tinieblas y la superstición, pues eran: “Una multitud inmensa de gente que se hallaba más allá del mundo conocido, su-

mergida en las más lastimosas tinieblas, dedicada a honrar a dioses falsos con ritos espantosos y supersticiones: que si es lamentable vivir un estilo salvaje y con costumbres feroces, más aún lo es vivir en la ignorancia de las cosas superiores y de la existencia del único y verdadero Dios”. Con la llegada de Colón, “alter emersit orbis”, habitado por “millones de hombres que iban a pasar del estado salvaje a la civilización” (Leonis XIII Acta, XII, 1882, pp. 179-180).

A un siglo de distancia, el lenguaje de la Iglesia sobre la cultura indígena refleja la aproximación nueva inspirada en el progreso antropológico y en la teología del Vaticano II. Así, dirigiéndose a los indígenas de Guatemala el 7 de marzo de 1983, Juan Pablo II les decía: “Vuestras culturas indígenas son riqueza de los pueblos, medios eficaces para transmitir la fe, vivencias de vuestra relación con Dios, con los hombres y con el mundo. Merecen, por lo tanto, el máximo respeto, estima, simpatía y apoyo por parte de toda la humanidad. Estas culturas, en efecto, han dejado monumentos impresionantes —como los de los mayas, aztecas, incas y otros— que hoy contemplamos asombrados” (cf. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI, 1983, pp. 626-627).

El contraste entre los conceptos de 1892 y 1983 es grande; la novedad está en el acercamiento de la Iglesia a las culturas, manifestado en hechos como el concilio Vaticano II, el primero en ocuparse expresamente de ellas en la constitución *Gaudium et Spes*, en el decreto *Ad Gentes*, en la exhortación *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, en el discurso de Juan Pablo II ante la UNESCO en junio de 1980, en la creación de un dicasterio en la Curia Romana, el Pontificio Consejo de la Cultura en mayo de 1982, en la presencia de Juan Pablo II ante el mundo de la cultura, y particularmente en América Latina para inaugurar las sesiones de Puebla en 1979 y en Santo Domingo el 12 de octubre de 1992. Los diversos jalones de esta “novedad” ayudan a comprender el sentido cultural del tema de

esta última asamblea: *Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana*.

La Iglesia nunca le ha temido a la historia, que en sus dos milenios de existencia es su gran aliada y mejor testigo. Exige, eso sí, honradez en su lectura, objetividad de la interpretación en los propios contextos, para no distorsionar la verdad de los hechos con la ideología del que los lee. Estos criterios de objetividad, franqueza, crítica y valoración son los que la han llevado a acercarse a celebrar el *V Centenario de la evangelización de las Américas* "con humildad, sin triunfalismos ni falsos pudores: solamente mirando a la verdad, para dar gracias a Dios por los aciertos, y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro" (Juan Pablo II, *Homilía para la apertura del "novenario de años"*, Santo Domingo, 12 de octubre de 1984). Así, objetiva y serenamente, se pueden seguir los caminos que ha recorrido la Iglesia para modernizar su percepción de la cultura, no sólo en Iberoamérica, sino en todo el mundo.

La Iglesia y el patrimonio cultural de Latinoamérica

Desde el tiempo de León XIII, con ocasión del Concilio Plenario de América Latina (1899) y en varias intervenciones de sus sucesores, sobre todo con ocasión de la creación de nuevas diócesis, en mensajes a los diversos episcopados del continente, muy perseguidos en los decenios posteriores a la emancipación y en los primeros del s. XX, se hace mención reiterada del *patrimonio cultural* del continente, especialmente en su aspecto religioso y literario. A partir de Pío XII, quien inició una asidua comunicación radial con el Nuevo Continente, los pontífices romanos acentúan los valores de las culturas, tanto en el sentido de las nobles y antiquísimas tradiciones cristianas heredadas de España y Portugal como en los valores de las culturas autóctonas.

Valores que hay que identificar, respetar y conservar. "Vuestra comunidad —afirma Juan Pablo II—

se ha esforzado durante siglos por conservar sus valores y cultura. No se trata de oponerse a una justa integración y convivencia... Es perfectamente legítimo buscar la preservación del propio espíritu en sus varias expresiones culturales" (Discurso a los indígenas en Latacunga, Ecuador. Cf. *Insegnamenti VIII*, 1, 196-304). Particularmente los de la *herencia precolombina* conservada a través de monumentos "impresionantes" (Discurso en Guatemala, antes citado); *tradiciones populares y fe cristiana*: "Será conveniente aprovechar los elementos de pedagogía cristiana contenidos en vuestras tradiciones populares: villancicos, cofradías, procesiones, pinturas, manifestaciones folclóricas y tantas otras expresiones artísticas" (Discurso en Santa Cruz, Bolivia, 1988).

Es una labor evangelizadora y cultural admirable realizada por los primeros evangelizadores: religiosos, catequistas, sacerdotes y obispos, muchas veces con sacrificio de su vida por la fe que anunciaban, y que "sabían muy bien cuán importante es la cultura como vehículo para transmitir la fe, para que los hombres progresen en el conocimiento de Dios" (Cf. Discurso a los indígenas en Cuilapan, México, 29 enero 1979). En esta labor evangelizadora y cultural tienen *un gigantesco papel histórico* España y Portugal, reconocido con entusiasmo por Juan Pablo II en el transcurso del año del V Centenario, en 1992; con sus luces y sombras, y con la herencia del mestizaje de la comunidad, de lengua, de religión y de elementos culturales. Con una acentuada característica cristológica y mariana aparece desde el principio la encarnación de la fe cristiana en la cultura latinoamericana.

El *mestizaje humano y cultural*, en el que hay que reconocer las cualidades y valores del actual "hombre latinoamericano", que son el resultado de un fecundo encuentro entre la fe católica y la religiosidad indígena; encuentro que ha creado una cultura artística autóctona portadora y transmisora de grandes valores humanos, ennoblecidos por

el Evangelio. A este mestizaje creador se refiere el documento de Puebla de 1979 (n. 307) como una de las grandes obras de la evangelización primera del continente.

Sin embargo, existen *amenazas a la cultura y la fe* por las deficiencias, limitaciones y peligros en que se debaten las mismas culturas y los pueblos latinoamericanos, y también por los antivalores que se encuentran a menudo en la cultura adviente: un continente católico con una fe no suficientemente arraigada; veloz crecimiento urbano, empobrecimiento de la población, explosión demográfica, desigualdades sociales, manipulación de la pobreza por parte de ideologías extrañas, proliferación de sectas, carencia de medios y personas para responder a las exigencias culturales y evangelizadoras. Pero, como afirma Juan Pablo: "en medio de este sombrío panorama de la realidad no hemos de dejarnos invadir por el desánimo. Al contrario, tenéis motivos de gran esperanza. Basta contemplar la enorme riqueza de valores culturales, sociales y religiosos que os distinguen entre todos los pueblos" (Discurso en Santa Cruz, Bolivia, 13 mayo 1988).

Todo lo anterior permite comprender cómo la Iglesia ha podido realizar, aun antes que las letras, una labor imponente de inculturación del Evangelio en este extenso continente, y el gran desafío que suponen los retos de la modernización para una evangelización nueva de las conciencias y de las culturas.

2. El desafío de la cultura moderna y el desarrollo

Para la Iglesia, *evangelizar la cultura y promover el desarrollo humano* van juntos. La Iglesia se sitúa en el mundo moderno y trata de hacerlo más justo y más humano, actuando tanto en el campo de la conciencia individual como en el de la colectiva. Pablo VI, en el discurso de clausura del concilio Vaticano II, recordaba que "el Concilio ha tenido vivo interés por el estudio del mundo moderno" y "tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la

Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea" (Alocución, 7 diciembre 1965). Ésta, consecuentemente, ha sido una tarea prioritaria que se han propuesto los últimos pontífices frente a la América Latina.

Un primer momento fuerte fue la convocatoria de la primera Asamblea General de los Obispos del continente, hecha por Pío XII en 1955, y reunida en Río de Janeiro en el mismo año; de esa Asamblea nació el CELAM. La aguda problemática sociopolítica, la reciente condición de subdesarrollo y empobrecimiento, y la desproporción entre la tarea por hacer y los medios humanos con los que contaba la Iglesia católica, amenazaban con echar por tierra la labor de ésta en el pueblo latinoamericano, acosado por el deterioro social y económico, el marxismo y las sectas. Era urgente buscar fuerzas y aunarlas.

El desarrollo se destruye a sí mismo si se limita a unos aspectos puramente materiales y técnicos. Para realizar el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres, la Iglesia propone como objetivo una *cultura de la solidaridad* fundada en el Evangelio.

Fe cristiana y modernización social. Los pueblos latinoamericanos aspiran a una sociedad justa, fraterna, política y económicamente moderna. El gran reto es el de hacer participar a todas las personas y a todos los grupos de las ventajas de la modernidad, sin caer en las tentaciones del materialismo, del hedonismo consumista.

En la Asamblea de Medellín (1968) se trazó el camino de un desarrollo humano respetuoso de las exigencias políticas, sociales, económicas y espirituales. El discurso inaugural de Pablo VI en Bogotá, a continuación de su encuentro con los pobres y los campesinos, así como el trabajo de la misma Asamblea y sus documentos, concretan para toda Latinoamérica la posición de la Iglesia frente a los grandes desafíos del desarrollo y la

cultura en un continente en rápida transformación.

Ciertamente Pablo VI no utiliza ni en ese discurso ni en otras alocuciones anteriores el término *inculturación*, que es neologismo del lenguaje eclesial oficial usado por primera vez en el *Mensaje al Pueblo de Dios* después del IV Sínodo de los Obispos, en octubre de 1977, pero sí equivalentes. Entonces se usaban en todo el continente términos como “encarnación”, “inserción” y “liberación”, este último como respuesta evangélica al subdesarrollo, la marginación y la injusticia, consideradas como “estructuras de pecado”.

Respuesta a todas las formas de pobreza. El concepto de pobreza está en el centro de las discusiones referentes al desarrollo, y algunas veces, por desgracia, el debate se hace ocasión de polémicas esterilizantes, que en nada aprovechan a aquellos a quienes se quiere servir: los pobres. La opción por los pobres ha llegado a convertirse en una palabra inspiradora para todos los evangelizadores. El movimiento surgido en torno a la Conferencia de Medellín, con sus aspectos pastorales de “presencia de la Iglesia” y “opción por los pobres”, fue tomando fuerza como presencia evangelizadora de la Iglesia en el seno de las comunidades marginadas. Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), religiosos, religiosas, sacerdotes y muchos obispos, animaron el movimiento en el que, por otra parte, no faltaron ideologizaciones y reduccionismos horizontales. La encíclica *Sollicitudo rei socialis* clarificó netamente las diversas formas de pobreza que amenazan a los hombres y mujeres de hoy y los hacen “vivir sin esperanza”. En nombre del Evangelio, los cristianos se comprometen a luchar concretamente contra todas las formas de pobreza, que humillan la dignidad del hombre. “Sin duda –afirman los obispos latinoamericanos en Puebla (1979)– el presupuesto más importante de la Nueva Evangelización es la *opción preferencial y solidaria por los pobres* con miras a su liberación integral” (n. 1134). Y Juan Pablo II, en Haití (1983), decía a

los obispos del continente: “Los más pobres deben tener una preferencia en vuestro corazón de padres y en vuestra solicitud de pastores”. La Iglesia, en virtud del compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a esas multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad sin perder de vista el bien de los grupos en función del bien común (cf. *Sollicitudo rei socialis*, n. 39).

El criterio de discernimiento: verdad sobre Cristo, el hombre y la Iglesia. La Iglesia en Latinoamérica ha vivido intensamente esta experiencia de discernimiento que ha hecho emerger en toda su concisión y su fuerza el primer principio que debe guiar la acción de los cristianos en la promoción de la sociedad: “la verdad sobre Cristo, sobre el hombre y sobre la Iglesia”. Documentos pontificios como la exhortación *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI (1975), y las encíclicas de Juan Pablo II: *Redemptor Hominis* (1979), *Laborem exercens* (1981), las declaraciones *Libertatis Nuntius* (1984), *Libertatis Conscientia* (1986) (1991), la encíclica social *Centesimus Annus*, así como los discursos de apertura en Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), iluminan sobre la dignidad del hombre y su auténtica liberación y, de paso, ofrecen correctivos a las desviaciones ideológicas con perspectivas nuevas sobre la relación entre la evangelización, la justicia, la liberación y la promoción humana integral, quedando como criterio de discernimiento de la auténtica promoción humana la verdad sobre el hombre, sobre Cristo y sobre la Iglesia: tríptico teológico-cultural que ha tenido su mejor colofón en el tema-programa evangelizador de la IV Conferencia de Obispos Latinoamericanos en Santo Domingo, en octubre de 1992: *Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura cristiana. Jesucristo el mismo ayer, hoy y siempre*.

En América Latina, dadas las situaciones afrontadas por la sociedad, la Iglesia católica, tanto en sus documentos como en sus planes de acción, convencida de que *la promoción de la justicia y de*

la cultura son inseparables, ha tratado de ayudar al hombre a pasar de situaciones menos humanas a más humanas. En el Documento de Santo Domingo (1992), los obispos, en continuidad con las conferencias de Medellín y Puebla, se expresan así: "Hacemos nuestro el clamor de los pobres. Asumimos con renovado ardor la opción evangélica preferencial por los pobres, en continuidad con Medellín y Puebla. Esta opción, no exclusiva ni excluyente, iluminará, a imitación de Jesucristo, toda nuestra acción evangelizadora. Con tal luz invitamos a promover un nuevo orden económico, social y político, conforme a la dignidad de todas y cada una de las personas, impulsando la justicia y la solidaridad y abriendo para todas ellas horizontes de eternidad" (n. 296).

3. Las culturas autóctonas de América Latina

Ya hemos podido notar cómo la Iglesia ha madurado progresivamente un nuevo acercamiento cultural y pastoral en el modo de considerar a



América Latina, en lo concerniente a sus culturas autóctonas. El paso de "cultura feroz" (*fero cultu*) a culturas que causan admiración sería brusco e inexplicable, si no estuvieran de por medio cien años de humanismo y de evolución del concepto de "cultura". Recordemos que en los documentos de León XIII, por ejemplo, se usaba el término "civilización", cuya ausencia, en el sentido que tenía en su tiempo, era muy bien compaginable con el uso de términos como "salvaje" o "feroz". Por otra parte, la evolución en los conceptos y métodos de la misionología ha sido muy grande de un siglo para acá, hasta culminar en las admirables orientaciones conciliares de *Ad Gentes* del concilio Vaticano. En fin, los términos modernos "cultura", "inculturación", "desarrollo cultural", etc., con todo su significado actual, son tan recientes, que sería craso error juzgar expresiones de hace un siglo o más con elementos de juicio de hoy.

La valoración de las culturas autóctonas, tanto en el aspecto de "cultura actual" de los pueblos como en el de las "etnias precolombinas", es uno de los aspectos más sobresalientes de la evolución del pensamiento pontificio sobre la cultura latinoamericana en este siglo. El gran número de intervenciones de los últimos papas, y muy particularmente en el actual pontificado, sirve para dar idea de la importancia que les atribuye la Iglesia, bien sea como valores dignos del mayor respeto, o bien como objeto y sujeto de la evangelización.

Ha sido a partir del pontificado de Pío XII cuando se han multiplicado las referencias explícitas a los autóctonos del continente. Anteriormente eran más bien escasas, y consistían en alusiones pasajeras con ocasión de creaciones de nuevas diócesis o circunscripciones misionales, centenarios de acontecimientos históricos, congresos eucarísticos o marianos y, prácticamente reducidas a la religiosidad popular, la devoción mariana y las tradiciones familiares.

A partir del Vaticano II y en los tres últimos pontificados se ha desarrollado una nueva con-

ciencia sobre la cultura y las tradiciones propias de los pueblos autóctonos. La Iglesia se ha empeñado desde entonces particularmente en el esfuerzo por la evangelización y el desarrollo de las culturas indígenas. He aquí algunas de sus principales facetas.

Dar una voz a los que no tienen voz. Tal fue la consigna de Pablo VI, primer papa que visitó el continente latinoamericano, el 22 de agosto de 1968. Un beso simbólico a la tierra —después continuado por Juan Pablo II cada vez que llega por primera vez a un país— y la alusión entusiasta hecha a las culturas aborígenes, constituyen un punto de partida importante. A los campesinos e indígenas les prometió que la Iglesia sería la voz de los que no tienen voz (Discurso en el campo de San José, 23 agosto 1968).

La Iglesia ama a los autóctonos y estima su cultura. Juan Pablo II, desde el principio de su pontificado, entró en contacto directo con las culturas autóctonas de América Latina, en su viaje a México, en enero de 1979, para inaugurar las sesiones de Puebla. Decía a los indígenas en Culiapán, el 29 de enero de 1979: “El papa y la Iglesia están con vosotros y os aman: aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones; admiran vuestro pasado, os alientan en el presente y esperan tanto para en adelante”.

La fe es parte de la identidad de los pueblos autóctonos latinoamericanos. En muchos lugares, y con particular énfasis en Salvador de Bahía (Brasil), el 7 de julio de 1980: “De vuestras raíces históricas se puede decir que nos transmiten dos lecciones: la de una cultura impregnada, desde el primer momento de su existencia, por los valores de la fe y la de la capacidad que tiene esta fe para integrar razas y etnias las más diversas”. En Panamá (4 marzo 1983), alentaba a los campesinos a “ir adelante sin perder la propia identidad cristiana e histórica”.

Dinamismo evangelizador de la cultura. Al cumplirse 450 años de las apariciones de Guadalupe

(México, 1531-1981), refiriéndose a la “realidad cultural” del hecho guadalupano en México y mariano en todo el pueblo latinoamericano, hacía alusión Juan Pablo II a un fenómeno en el que ha insistido en todos los países visitados del continente: “El sentimiento religioso del pueblo constituye un elemento potencial que debe ser aprovechado en todas sus virtualidades evangelizadoras... No cabe duda de que la raíz religiosa, que inspira todos los otros órdenes de cultura, desde la propia vinculación de fe en Dios y desde la nota mariana, habrá que buscar en México, así como en las otras naciones, los cauces de comunión y participación que conduzcan a la evangelización de los diversos sectores de la sociedad”.

Mestizaje, creador de cultura cristiana. Al encuentro de la cultura autóctona con el mensaje católico para formar un admirable mestizaje fecundo en todos los campos se refirió con entusiasmo Juan Pablo II el 1 de febrero de 1985 desde el Templo de la Compañía de Quito, una de las reliquias artísticas más admirables del barroco criollo e indígena. Nueva mención de este mestizaje integrador, realizado bajo el amparo de la Iglesia, es hecha por el papa en El Callao, Perú, al evocar “el imperio inca del Tahuantinsuyo, que supo vencer la formidable barrera de los Andes y después de la evangelización, ese nombre habla de figuras tan notables como los santos Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Francisco Solano, Martín de Porres, Juan Macías, Sor Ana de los Ángeles. Ello —concluye— ha permitido un proceso de mestizaje integrador, *no solo racial, sino cultural y humano*, que se plasma en tantas maneras de vuestra vida diaria”.

La Iglesia defiende la tierra y la cultura de los autóctonos. Para los autóctonos, la defensa de su cultura y de sus costumbres está íntimamente relacionada con la defensa del derecho a las tierras que ocupan. En Latinoamérica, como en ninguna otra parte del mundo, tiene particular significación cultural el elemento tierra, la “madre tierra”, la

“Pacha mama”. La Iglesia acude en defensa de este derecho a la tierra y anima a los interesados a buscar los mejores medios para que este derecho sea protegido y esté en armonía con las exigencias del bien común así como con la aspiración de los indígenas a participar de las ventajas de la modernización. Aquí también se puede ver cómo las exigencias de la justicia son inseparables de los derechos culturales. Al defender estos derechos de los autóctonos, la Iglesia anima también sus aspiraciones al desarrollo económico, político, cultural y religioso: “Tenéis derecho a compartir el don de Dios que es la tierra, pero no olvidéis que este derecho tiene un límite” (Discurso a los indígenas, Iquitos, 5 febrero 1985). “Sed vosotros, queridos campesinos, por vuestra fe en Dios y por vuestra honradez, por vuestro trabajo y apoyados en adecuadas formas de asociación para defender vuestros derechos, los artífices incansables de un desarrollo integral que tenga el sello de vuestra propia humanidad y de vuestra concepción cristiana de la vida” (Homilía en la Misa por los Campesinos, Chiquinquirá, Colombia, 2 julio 1986).

La evangelización y la inculturación, un enriquecimiento mutuo. La Iglesia aporta a todos los pueblos los tesoros inestimables de la fe, pero a su vez se enriquece con el patrimonio admirable de estos mismos pueblos. Es así como el cristianismo se incultura y se inscribe profundamente en las comunidades humanas. “Deseo expresar —decía Juan Pablo II en Medellín— el augurio de que, en benéfico intercambio, lleguen a la Iglesia Universal los dones de las variadas, ricas y originales culturas latinoamericanas, en las que el cristianismo se ha encarnado de una manera profunda” (Discurso a los universitarios, Medellín, 5 julio 1986).

Estas manifestaciones de aprecio de la Iglesia por las culturas autóctonas, merecedoras de gran respeto por sus valores intrínsecos, a identificar, discernir y purificar para incorporarlos a la cultura católica, lo mismo que las cualidades naturales innatas de los pueblos, no son ingredientes de la

inculturación, sobre cuya noción y praxis ha reflexionado larga y concienzudamente la Iglesia en el continente latinoamericano, hasta culminar con la opción de Santo Domingo: “Queremos *acercanos a los pueblos indígenas y afroamericanos*, a fin de que el Evangelio encarnado en sus culturas manifieste toda su vitalidad y entren ellos en diálogo de comunión con las demás comunidades cristianas para mutuo enriquecimiento” (nn. 298-299).

Bibl.: CELAM 1987, 1989a, 1989b; B. Charria Angulo 1987; G. Colmenares 1976; A. Lee López 1986; G. Reichel-Dolmatoff 1978.

4. De la primera a la nueva evangelización de América

La Iglesia y el Nuevo Mundo. El interés especial de la Iglesia por los pueblos y culturas del Nuevo Continente no es de ahora. El acontecimiento del 12 de octubre de 1492 debe ser considerado entre los más importantes de la historia del mundo, con incalculables repercusiones en la historia política, cultural y económica de la humanidad. Pero no menor incidencia tuvo en el aspecto religioso. Ahora asume una dimensión creciente, fácil de comprenderse, por simples datos estadísticos.

En tiempos de Pío XII, cuando convocó la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Río de Janeiro (1955), se consideraba que en este continente residía la *cuarta parte del mundo católico*; más adelante, en tiempos de Juan XXIII, se recordaba que en América Latina residía *una tercera parte de la Iglesia*; Juan Pablo II, al convocar la III Conferencia General para Puebla (1978), afirma que en Iberoamérica está *prácticamente la mitad del mundo católico*, motivo suficiente para afirmar también que aquí “se está jugando la suerte de la Iglesia”, y sobre todo para considerar a Latinoamérica “*el continente de la esperanza*”, por el rápido crecimiento de la población católica, la juventud de la mayoría de sus habitantes y la pujanza de las instituciones eclesiales.

Momentos clave del crecimiento en el último siglo son:

– La celebración del *IV Centenario del Descubrimiento de América* (1892), con actos solemnes acordes al ambiente cultural del momento.

– El *Primer Concilio Plenario de América Latina* (1899), convocado por León XIII para que se ocupara de la disciplina de la Iglesia en el subcontinente y los problemas que la afligían: sincretismo, supersticiones, ignorancia religiosa, socialismo, masonería.

– La *implantación y progresivo desarrollo de la Iglesia* en Iberoamérica, mediante la creación de nuevas circunscripciones eclesíásticas y prelaturas misionales.

– La *creación de seminarios y casas de formación religiosa*.

– La *promoción de ayuda del clero de otros países* y de medios económicos para suplir la escasez de agentes evangelizadores y de recursos.

– La *creación de organismos animadores* de la pastoral en el continente, especialmente el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) en 1955 por Pío XII, la CAL (Comisión Pontificia para América Latina), en 1958, y reestructurada en 1986, la CLAR o Confederación Latinoamericana de Religiosos, creada dentro del CELAM en 1959, y en la actualidad cobijada por los cánones 708 y 709 como las demás entidades de su género.

– Las *conferencias generales del episcopado latinoamericano*: aunque no son ni plenarias de las conferencias episcopales ni asambleas sinodales ni concilios regionales, han promovido un ritmo vital en la acción de la Iglesia en el Nuevo Continente. Primera de ellas, la de *Río de Janeiro* (1955), convocada por Pío XII para estudiar los problemas del tiempo: rápido crecimiento poblacional, escasez de vocaciones, empobrecimiento en los barrios, sectas, etc. La segunda, en *Medellín*, Colombia (1968), convocada e inaugurada por Pablo VI, se

ocupó de la *presencia de la Iglesia en la transformación actual de América Latina*, afrontando las situaciones críticas de injusticia, pobreza y marginación de las grandes mayorías de la población latinoamericana, a la luz del Concilio, y lanzando la opción preferencial por los pobres como respuesta de la Iglesia. La tercera, en *Puebla de los Ángeles*, México (1979), versó sobre *La evangelización en el presente y futuro de América Latina*, en orden a la “comunidad y participación”, eslogan este que, junto con la “opción por los pobres”, se ha convertido en propósito común. Finalmente, la cuarta conferencia, en *Santo Domingo*, República Dominicana, del 12 al 16 de octubre de 1992, en coincidencia con la celebración de los 500 años del descubrimiento y evangelización del Nuevo Mundo, fue convocada e inaugurada, como la de Puebla, por Juan Pablo II, y sus deliberaciones se han centrado en el tema: *Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre* (cf. Hb 13,8). Intensa y largamente preparada por el CELAM, viene a ser el lanzamiento del desafío evangelizador de la Iglesia en las culturas del Nuevo Continente o hacia el milenio que se acerca.

5. *Santo Domingo: la inculturación del Evangelio en el documento final*

Los obispos han querido un texto breve, de orientación pastoral, fiel a las líneas del discurso inaugural de Juan Pablo II, “en continuidad con las precedentes conferencias de Río de Janeiro, Medellín y Puebla” (n. 1), así como con las intensas reflexiones de toda la Iglesia en el continente durante la larga preparación del evento.

El documento final o *Conclusiones* comprende tres partes: 1) *Jesucristo, Evangelio del Padre*, con una profesión inicial de fe en Jesucristo (nn. 4-15) y una evocación de las vicisitudes de este pueblo que “Dios se ha escogido” desde hace quinientos años (nn. 16-21); 2) *Jesucristo, evangelizador en su Iglesia*, con los tres capítulos centrales temáticos: nueva evangelización (nn. 22-156), promoción

humana (nn. 157-227) y cultura cristiana (nn. 228-286); 3) *Líneas pastorales prioritarias*, los propósitos y opciones básicas (nn. 287-301), el esquema de las mismas (n. 302) y una plegaria final (n. 303).

La inculturación

La inculturación, palabra todavía nueva tras de la cual hay una visión teológica también nueva que genera acciones concretas de respuesta del Evangelio a las transformaciones culturales, aparece llevada con mucha madurez: se ve claramente que la Iglesia en Latinoamérica ha ido asimilando las enseñanzas del concilio Vaticano II, de *Evangelii nuntiandi* de Juan Pablo II y por los recientes documentos sociales y misionales del Magisterio acerca de la concomitancia entre el anuncio del Evangelio, la promoción del hombre y la cultura cristiana, para aplicarlas a los desafíos de esta encrucijada de la historia, cuando, en el campo de la cultura, están en juego tantos valores para la Iglesia y el mundo. El modo de tratar el tema de la inculturación indica claramente que las conclusiones de Santo Domingo son fruto de una madura reflexión eclesial.

Así, no resulta extraño que la palabra "cultura" aparezca más de 300 veces en un libro de 210 páginas y que no sólo se hable de la inculturación cuando el tema lo requiere, sino que aparezca insistente y espontánea a lo largo de todas las partes del documento, como algo que se tiene en uso y se conoce.

Ya en la primera parte se afirma que "en virtud de la encarnación, Cristo se ha unido en cierto modo a todo hombre... Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su Espíritu hacia la plenitud, elevando en ellas lo que es bueno y purificando lo que se encuentra marcado por el pecado. Toda evangelización ha de ser, por lo tanto, inculturación del Evangelio" (n. 13).

La inculturación es el esfuerzo por encarnar el Evangelio en las culturas del continente (n. 24); pertenece al ministerio profético de la Iglesia, en el que los teólogos están llamados también a ejercer una labor importante (n. 33). "*La inculturación del Evangelio es un proceso que supone el reconocimiento de los valores evangélicos que se han mantenido más o menos puros en la actual cultura*"; se busca que la sociedad descubra el carácter cristiano de esos valores, los aprecie y los mantenga como tales. Además, "*intenta la incorporación de valores evangélicos que están ausentes de la cultura, o porque se han oscurecido, o porque han llegado a desaparecer*" (n. 230).

Base teológica de la inculturación

El fundamento teológico de la inculturación se encuentra en la Encarnación del Hijo de Dios que asumió las condiciones culturales de los pueblos. "La acción de Dios, a través de su Espíritu, se da permanentemente en el interior de todas las culturas. En la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo Jesucristo, que asumió las condiciones sociales y culturales de los pueblos, y se hizo "verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo, menos en el pecado" (Hb 4; cf. GS, 22). La analogía entre la *encarnación* y la presencia cristiana en el contexto sociocultural e histórico de los pueblos nos lleva al planteamiento teológico de la inculturación. Esta *inculturación es un proceso conducido desde el Evangelio hasta el interior de cada pueblo y comunidad con la mediación del lenguaje y de los símbolos comprensibles y apropiados a juicio de la Iglesia*" (n. 243). La meta de la inculturación será siempre la salvación y liberación integral de un determinado pueblo o grupo humano (*Ibid.*).

Campos clave de la inculturación

a) Ante todo el *Evangelio*: "Es necesario *inculturar el Evangelio* a la luz de los tres grandes misterios de la salvación: la *Navidad*, que muestra el ca-

mino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado; la *Pascua*, que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos; y *Pentecostés*, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios” (n. 230).

b) *La liturgia*: “promover una *inculturación de la liturgia*, acogiendo con aprecio sus *símbolos, ritos y expresiones religiosas* compatibles con el claro sentido de la fe, manteniendo el valor de los símbolos universales y *en armonía con la disciplina general de la Iglesia*” (n. 248).

c) *La Iglesia misma*: “Promover en los pueblos indígenas sus valores culturales autóctonos mediante una *inculturación de la Iglesia* para lograr una mayor realización del Reino” (n. 248). Todo quiere decir que la fe ha de hacerse cultura para salvar, convertir, transformar toda la sociedad.

Agentes de la inculturación

La Iglesia particular, conforme a su misión, congrega al Pueblo de Dios de un lugar o región; “conoce de cerca la vida, la cultura, los problemas de sus integrantes”. La Iglesia particular “*está llamada a generar allí con todas sus fuerzas, bajo la acción del Espíritu, la nueva evangelización, la promoción humana, la inculturación de la fe*” (n. 55).

Por su parte, la parroquia, “comunidad de comunidades y movimientos, acoge las angustias y esperanzas de los hombres... *tiene la misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana, de adelantar la inculturación de la fe en las familias, en las comunidades eclesiales de base, en los grupos y movimientos apostólicos y, a través de todos ellos, en la sociedad...* es así una red de comunidades” (n. 58).

Los ministros de la inculturación del Evangelio, clérigos y laicos, no se improvisan. Por eso los obispos de América Latina se proponen “revisar la orientación de la formación impartida en cada uno

de nuestros seminarios para que corresponda a las exigencias de la Nueva Evangelización, con sus consecuencias para la promoción humana y la inculturación del Evangelio” (n. 84); asimismo aprovechar la experiencia significativa de religiosos (n. 275) e institutos seculares (n. 87); de los laicos, cuya participación, todavía insuficiente según los obispos, a pesar de que constituyen la mayoría en la Iglesia (n. 94), se propone mediante una formación esmerada (nn. 99ss).

El método

El “cómo hacer” la inculturación está en las *líneas pastorales*. La Iglesia en Latinoamérica lleva años de experiencia en “aprender haciendo”: en un campo de acción cuya realidad es conocida, con sus logros y carencias, tanto en lo referente a las culturas autóctonas, afroamericanas, indígenas, como a la cultura adveniente; con la iluminación doctrinal, fruto de tantas reflexiones a la luz de la Palabra, del Magisterio de la misma Iglesia y de la ciencia y experiencia humanas, y considerados los recursos y puntos de apoyo, se establecen políticas y estrategias evangelizadoras e inculturadoras, que son pasos efectivos de la acción pastoral: el plan de acción o puesta en marcha del programa será el paso siguiente, hacia “una *evangelización inculturada* que penetre los ambientes marcados por la *cultura urbana*, que se encarne en las *culturas indígenas y afroamericanas*, con una eficaz *acción educativa* y una *moderna comunicación*” (n. 302).

Conclusión

La inculturación de la fe católica en América Latina sigue siendo todavía un proyecto abierto al futuro, puesto que las transformaciones sociales y culturales irán acelerándose. Pero ya desde ahora, la Iglesia ha tomado viva conciencia de todo lo que está en juego en los desafíos que se anuncian. La esperanza de los católicos de este vasto continente es compartida ahora por toda la Iglesia, que se manifiesta cada vez más solidaria con sus hermanos y

hermanas de América Latina, como ha quedado bien demostrado en Santo Domingo.

Bibl.: J. de Acosta 1962, 1984-1987; M. Andrés Martín 1990; F. J. Arnaiz Zarandona y C. Dobal 1989; B. Benassar 1987; U. Bitterli 1993; P. Borges 1992; CAL 1992; H. Carrier 1987, 1992; A. Caturelli 1992; CELAM 1988, 1989a, 1989c, 1991; Congreso Internacional 1992; G. Doig Klinge 1993; E. Dussel 1991; E. García Ahumada 1991; L. Gómez Canedo 1977; R. Gómez Hoyos 1961; A. González Dorado 1988; P. Gordan 1993; G. Gutiérrez 1990; L. Hanke y M. Giménez 1954; M. Lagny 1992; R. Lazcano 1993; P. de Leturia 1992; G. Lohmann Villena 1989; Lopetegui-Zubillaga 1965; J. Metzler 1991; L. Pereña 1988, 1992; D. Ramos Pérez 1947; Santo Domingo 1992, 1993; J. I. Saranyana 1990, 1991; Simposio Internacional 1992; Varios 1986, 1987, 1991.